

aquella admirable orden del día: *Inglaterra espera que cada uno cumpla con su deber*, embiste el bravo Nélon, poderosamente favorecido por el viento, á la escuadra combinada, dividida la suya en dos columnas, y logrando así romper aquélla por diferentes partes y envolver y combatir aisladamente sus separados trozos. Cada uno de nuestros navios vése desde entónces obligado á obrar por sí, y al paso que varios no pueden tomar parte, sino muy tardiamente, en el combate, por quedar sotaventados, cúbrense otros desde el primer momento de la mayor gloria, luchando denodadamente contra gran número de los británicos. El contraalmirante Dumanoir abandona, en cambio, con cuatro navios de su nación el mar de batalla sin disparar un cañonazo y sin prestar, por lo tanto, auxilio alguno á los empeñados en ésta, tratando, por el contrario, de detener á los demás que componían su división y que al ver la incalificable conducta de su jefe, dirígenle á tomar parte en el combate. A las señales de Dumanoir, que, ciego á las de Villeneuve que le llama á la pelea, pregunta, sin embargo, á los comandantes de los barcos que de él se separan que á dónde van, contesta digna y resueltamente el bizarro Valdés, desde el *Neptuno*, que ¡*Al fuego!*

Busca Villeneuve en vano la muerte en el *Bucéntauro*, que al fin sucumbe después de porfiada lucha, siendo apresado con él por los ingleses, no sin que una bala francesa dé muerte, en medio de su triunfo, al valeroso Nélon. Gravina vé el *Príncipe de Asturias* atacado por cinco navios ingleses, y hace durante cuatro inacabables horas esfuerzos sobrehumanos de valor para no sucumbir bajo el huracán de plomo y hierro que barre la cubierta de su buque. Auxiliado, al fin, por varios, vuelve á encenderse más ardiente el combate; vuélase á su lado, con fragor y estrago horribles, el navio francés *Aguiles*; y gravamente herido Gravina, siendo ya su insignia la única que queda trémolando en la escuadra combinada, logra sobreponerse á los contrarios, y comprendiendo la imposibilidad de continuar la pelea, dá la señal de retirada. Consigue así reunir al suyo hasta diez navios y todos los buques menores, y entra con ellos en Cádiz, á despecho de los victoriosos ingleses, y sin que tengan que sufrir los terribles efectos del deshecho temporal que al día siguiente había de desencadenarse furioso.

Pero antes han tenido lugar luchas igualmente titánicas, sostenidas contra multiplicados enemigos, por el *Trinidad*, el *Santa Ana*, el *Bahama*, españoles, el *Algeciras*, el *Temible*, el *Pluton*, franceses, y por otros varios buques de ambas naciones; que sólo cesan cuando, heridos ó muertos sus comandantes y muchos de sus oficiales, fuera de combate la mayor parte de sus tripulaciones, arrasados sus mástiles, acribillados sus cascos á balazos, no hay ya posibilidad en lo humano de prolongar por más tiempo la encarnizada y homérica defensa. Entre todas sobresale la del *San Juan Nepomuceno*, en la que su comandante D. Cosme Damián de Churruca, al canza, entre tantos héroes, el ser justamente considerado como el más heróico. Atacado su navio hasta por seis enemigos, y sin ser de ninguno auxiliado ni socorrido, prólonganse tremendo y devastador el fuego á quema-ropa durante cinco horas, y solo se rinde el *San Juan* cuando Churruca, justificando las célebres frases con que al zarpar de Cádiz se despidió de uno de sus amigos: «Si oyes decir que mi navio ha sido hecho prisionero, cree firmamente que yo he muerto,» cae exánime, á impulsos de mortal herida, en brazos de su cuñado, el entónces guardia marina, y andando el tiempo teniente general de la Armada, D. José Ruiz de Apodaca y Beranger, profiriendo estas hermosas palabras: «Di á tu hermana que muero con honor, queriéndola y amando á Dios.»

Perecieron de los españoles, además de Gravina, que falleció no mucho después en Cádiz de resultas de sus heridas, y de Churruca, cuya heróica muerte queda descrita, el brigadier Alcalá Galiano, que al comenzarse el combate había hecho clavar la bandera de su navio para que no pudiera ser arriada; Alcedo, Móyua, Castaños, 23 jefes y oficiales y 1,256 marineros y soldados; quedando heridos los generales Alava, Escaño y Cisneros, los brigadieres Valdés, Uriarte, Cagigal y Vargas, siete jefes, 43 oficiales y 1,241 individuos de tropa y marinería. Las pérdidas de los franceses consistieron en el contraalmirante Magou, seis comandantes de otros tantos navios, y cerca de 4,000 hombres.

A diez ascendieron los navios perdidos por los españoles entre apresados, idos á pique y zozobrados contra la costa por efecto del temporal. Trece perdieron los franceses, contándose en este número los cuatro de Dumanoir, cuya incalificable acción de nada le sirvió, pues á la altura de Cabo Ortegal, cayó en poder de la división inglesa de Strachan.

Caramente compró la Gran Bretaña su victoria, pues además de perder á su mejor Almirante, quedaron inservibles varios de sus navios, desmantelados y con otras graves averías el resto de los que tomaron parte en el